

dor : ¿qué más se requiere, concluyen los modernos, para autorizar la sentencia de los que computamos los días por épocas indeterminadas?

Los reparos que pueden ofrecerse á esta doctrina son los siguientes : — Pudo Dios haber criado en breves días la tierra y el agua, separádolas, producido montes, fraguado en ellos metales, cuajádolos de rocas y mineros; asimismo engendrado de por sí vegetales y animales; y aun parecería más á la letra, sin que deba darse esto á milagro, pues sería muy conforme al orden establecido por Dios en caso tal.—El introducir en la naturaleza violentos trastornos, extraordinarias fuerzas, catástrofes y cataclismos en orden á causar los dichos efectos, no envuelve contradicción ni menoscaba, antes acredita, el poder absoluto de Dios.—Es muy significativa la discrepancia de los geólogos en el definir la antigüedad del mundo, y el linaje de vigor que poseyeron las causas primitivas.—Carecemos de suficientes noticias para fundar probabilidades, siendo así que las tres cuartas partes de la tierra están debajo del dominio de las aguas, y de la otra apenas la diezmilésima nos es suficientemente conocida.—Los geólogos á duras penas concuerdan en certificar cosa alguna fuera de las principales contenidas en el Hexámeron;

cuanto al modo de obrar de las causas y al orden de la formaciones, se dividen en infinitos pareceres.—Muchos niegan rotundamente el estado aeri-forme de la tierra primitiva.—No pocos desechan la hipótesis del calor central.—La disposición uniforme y constante de las capas terrestres, recíbase, no tanto como hecho real cuanto en calidad de teoría y á más no poder.—Las cristalizaciones pudieron haberse fabricado en brevísimo tiempo. Los fósiles harto se explican por turbiones y avenidas eventuales y extraordinarias.—La luz de los astros sin dificultad pudo haber herido la retina de Adán en un abrir y cerrar de ojos.

El alcance de estos argumentos, alegados por autores de dignísima competencia y eminente doctrina, prueba que la opinión moderna, ya que no sea verdad de indisputable certeza, tiene muchísimos visos de probable y plausible. Bástenos haber demostrado que no está reñida con la autoridad de grandes y antiguos Doctores de la Iglesia católica. Quanto á nuestra particular opinión, cúmplenos declarar aquí para en adelante, que, fuera de lo que tiene y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia romana, todo lo demás juzgamos que Dios lo entregó á la disputa de los hombres.



LA CREACIÓN.

—
ERA CAÓTICA.



CAPÍTULO VIII.

LA CREACIÓN ELEMENTAR.

«*In principio creavit Deus.*» (Vers. 1.)

ARTÍCULO I.

La creación es asunto del distrito teológico y no del científico.—Dios en su eternidad traza la creación del mundo visible.—Exposiciones de la voz *In principio*.—Cuál sea la más legítima.—Sentencias sobre el verbo *bará*.—Los santos Padres leen la verdadera creación en el *creavit*.—La intención de Moisés fué expresar la creación *ex nihilo*.—Explicase el poder del vocablo *Elohim*.—Los jehovistas y los elohistas.

ENTREMOS en la explanación del origen del universo, materia de gravísima importancia; uno de los misterios más fundamentales que Dios se ha dignado revelar-nos. La resolución de esta contienda, en cuanto al tiempo, es del distrito de la Teología; no tienen parte ni cosa que ver en ella los naturalistas. No pocos, en el día de hoy, encomian la eternidad de la materia; en ello no discurren á fuer de naturalistas; ¿qué pueden dictarles las ciencias naturales sobre el origen primordial de las cosas? afectan discurrir á lo filósofo, y desatinadamente filosofan, pues sacan en la consecuencia mucho más de lo que en las premisas se contiene. Aun dado que no repugnase la materia creada *ab aeterno*, nunca osarían concluir que no tuvo en hecho de verdad principio. No hay razón que los autorice para pasar tan de corrida del orden de lo posible al

real y ejecutivo, ni en las ciencias experimentales, que como no poseen facultad para apoyar, tampoco tienen derecho para combatir el dogma de la creación; ni en la filosofía, que en cuestión de hechos tiene atadas las manos, ni puede contra ellos argüir sin pisar la raya de sus propios linderos.

Antes de acometer asunto de tanta importancia, humillemos nuestra frente, confesando medrosos con san Teófilo de Antioquia: «La historia y disposición de estos seis días ninguno hay que la pueda dignamente explicar, puesto que tuviese infinitas lenguas y viviese infinitos años, por la eximia majestad y riquezas de divina sabiduría que en ella se contienen».

Dios es eterno. Su infinito ser queda siempre tan uno como siempre fué; sin principio ni fin, sin mudanza ni riesgo, poseyendo en un solo punto por su misma esencia la plenitud de su perfectísima vida. En él la eternidad es larguísima, porque excede con ventaja á infinitos espacios de siglos; brevísima, que en un solo instante cifra toda la infinidad de tiempos posibles; roca firmísima asentada en la corriente de un caudaloso río, cuyas aguas se precipitan llevando en sus ondas el tiempo, sin regolfar ni volver atrás á repetir su fugaz carrera. Dura la eter-

inidad inmutable en medio de las oleadas del tiempo: no es mudadiza como él, sino constante y perenne: lejos está de fenecer quien no pudo empezar: tanto dista el fin de su naturaleza como el principio: siempre fué y siempre será: á los siglos de los siglos, á los años eternos, á las perpetuas eternidades vence y sobrepuja la divina eternidad, «posesión total y de por junto y perfecta de una vida que no tiene término»: el ser necesario que es sin principio, y ante todo principio, goza no por parte sus bienes, sino todos juntos totalmente. Así cien mil millones de siglos que podamos fingir antes de fundarse el orbe terráqueo, existía Dios en su tranquila eternidad, más allá de toda su duración: en tan dilatada carrera de tiempos posibles, ¿quién dudará que podían tener principio y actuarse los movimientos de los astros y los vaivenes temporales que ahora suceden? Mas al antiguo en días ¹ le plugo en esa sucesión de siglos, años, meses y días imaginables señalar un momento, y en él echar las zanjias del gran palacio que para morada del hombre quería de antemano preparar; y libremente porque quiso, y advertidamente porque supo, y amablemente porque pudo, y pausadamente porque no le dan prisa los años, decretó repartir á otros seres los tesoros de su real franqueza.

Acerquémonos á considerar la sublimidad de este primer versículo, y desentrañemos con el favor de Dios las maravillas que encierra. «En el principio, dice, crió Dios el cielo y la tierra.» La primera palabra בראשית, que literalmente suena en el encabezamiento, danos á entender que algún principado en dignidad, en causalidad, en lugar, en tiempo se esconde aquí ². No tienen cuenta las traslaciones que han dado

los doctos, á este misterioso vocablo *bereschit*. Porque si trató de blasfemo san Basilio ³ al que osara pronunciar que hay en las Escrituras palabra ociosa y redundante; y si san Crisóstomo declaró ⁴ que, por el contrario, no hay en ellas vocablo ni sílaba que deba pasarse por alto; no tiene duda sino que las varias interpretaciones, que de los Santos y Doctores ha recibido esta primera voz, prueban que está preñada de altísimos sentidos, y que no sin especial inspiración encabezó con ella Moisés el sacrosanto volumen.

Abriendo los *Comentarios de los Santos*, hallamos que san Agustín traslada el «In principio» de la Vulgata, *ante todas las cosas*; san Ambrosio, *antes del tiempo*; el Concilio Lateranense, *en el comienzo del tiempo*; san Basilio, *la primera cosa*; santo Tomás, *en el principio del tiempo*; san Gregorio Niseno, *todo por junto*; Beda, *lo principal*; Tertuliano, *lo primero*; Acacio, *en el principio de las obras*; san Cirilo Alejandrino, *en el tiempo*: viniendo todas estas versiones juntamente á significar, que antes que Dios criase, no había cosa que tuviese principio, mas que llegó un momento en que comenzó á ser lo que antes no era. Y así son todas explicaciones parafrásticas de la Vulgata, que vierte el *bereschit* por *in principio*, para mostrar que todas las cosas tuvieron el suyo ni son eternas en duración, sino finitas y perecederas, contra lo que fingió el error de la gentilidad.

No faltan santos Padres que tradujeron el *bereschit* *In filio* ó *per filium*, como Orígenes y san Agustín ⁵, significando que en el Verbo y por medio del Verbo había el Padre levantado las cosas á la honra del ser: y aun otros leyeron en la *sabiduría*, en la *idea*; mas estas son exposiciones del sentido

¹ Boetio: *De Consolat.*, l. v, prosa vi.

² Dan., vii.

³ Syenstrup: *Trad. de Deo*, thes. xxxv.

⁴ *Hexamer.*, hom. x.

⁵ Hom. xi *In Genes.*

⁶ Patrizz: *De Interpr. Script.*, l. ii, q. n.

espiritual y figurado, no del literal y más obvio. «*In principio*, dice santo Tomás, significa tres cosas: *initio temporis, ante omnia, in Filio*, para manifestar que el mundo no es eterno, que los cuerpos no son obra de dios malo, y que las cosas materiales no fueron hechura de los ángeles ¹. Si advertimos que *principio* se dice en orden á la cosa que se hace, ó en orden al agente que la hace, ó en orden al fin por que se hace, resulta que, tomando la cosa hecha cuanto al número, dice que fué *lo primero*; cuanto al término, que es *ante todas cosas*; cuanto al tiempo, que fué *en el primer instante de él*: considerada en lo que atañe al agente, dicese *bereschit, in Filio, in sapientia, in idea*, por haber sido la sabiduría de Dios, que es el Hijo, la ordenadora de cielos y tierra: finalmente, mirado el fin que en esta obra tuvo Dios, *bereschit*, ó quiere decir *en el Hijo*, que es la gloria del Padre, ó en *capítulo*, en resumen y cifra, porque la materia creada comprendía en suma el Universo todo, con lo bueno, útil, deleitable y hermoso que en él hay.

Es notable la construcción que el escritor Glaire ² propuso en la inteligencia de este primer versículo. La traducción vulgar «en el principio crió Dios los cielos y la tierra» preséntala este escriturario juntando los dos primeros versos en uno por la forma siguiente: «Al principio, cuando Dios crió los cielos y la tierra, la tierra era informe y vacía.» No se nos oculta que el egregio en letras humanas y divinas, P. Juan de Mariana, así construía estos dos versículos ³ como intenta Glaire, contra quien ha levantado su voz el comentador Knobell ⁴, pugnando á todo trance por la construcción ordinaria y usual: ni tampoco regatearemos que

ambas construcciones sean católicas y expresman bien el origen temporal de las cosas; pero asimismo convenngamos que la versión y sintaxis más antigua, literal, obvia y recibida es la que ciñe el claro Petavio parafrásticamente en estas hermosas palabras: «La primera cosa que hizo Dios fué criar los cielos y la tierra» ⁵.

No sin maduro consejo, el sagrado escritor, antes de entrar á exponer el embellecimiento del mundo, protestando la soberanía y prestando divina, asienta por fundamento la creación universal, diciendo: «*In principio creavit Deus caelum et terram*». ¿Demuestran estas magníficas palabras la creación propiamente tal? Escritores católicos y no católicos hay que lo controvierten, y aun lo niegan absolutamente. Al P. Petavio pareció que {סֵבֶב} *bará* no dice de suyo sino en confuso y por vía de dilación, creación *ex nihilo* ⁶. Los protestantes Grocio, Clerk, Hettinger, Rosenmüller, Winer, concuerdan también que no puede probarse la creación por la potestad del verbo *bará*. Y aun Burnet ⁷ y Fürst ⁸ quieren que los hebreos careciesen de verbo para denotar la creación *ex nihilo*, y ni aun conceden que la conociesen, ó cuando mucho que la mancellaron con la torpeza de sus errores ⁹. Mas otros infinitos autores, antiguos y modernos, juzgan que la palabra *bará* entraña sentido demostrativo de creación real y verdadera.

Porque la voz {סֵבֶב} *bará* en este lugar del Génesis reñérese claramente á la substancia del cielo y de la tierra; y es estilo constante de las sagradas páginas el usarla en todo caso para significar efectos, naturales ó sobrenatu-

¹ De *Opif. sex dies.*, l. i, cap. i.

² *Ibid.*

³ *Arch. filos.*, l. ii, cap. ix.

⁴ *Libr. Sacr. Concor.*, Gen., l.

⁵ PERSONE: *De Deo Creatore. De mundo*, cap. 1.—

SCHWETZ: *Theol. dogm.*—MAXZELLA: *De Deo Creatore*, disp. 1, a. iii.

¹ P., q. xlvii, 2. 3.

² *Les livres Saints vengés*, t. 1, ch. 1, 1874.

³ *In Genes. Schol.*, p. 1, 2.

⁴ *Revue des sciences ecclésiast.*, t. viii.

rales, que sólo competen á la soberana potencia de Dios. Confirmalo el erudito hebraizante Buxtorffo, definiendo en su Vocabulario que *bará* hace sentido de creación perfecta, efectuada sólo por Dios. No así el verbo (עָשָׂה) *haschá*, que es producción de materia precedente. Compruébase este sentir, porque los textos que expresan creación de nada emplean el *bará*; y donde quieren que Dios ordene y forme, sirve de esotro vocablo. También advirtió el P. Patrizzi, maestro en la pericia de las lenguas y en la noticia de la divina Escritura, que, demás de nunca juntarse *bará* con nombre alguno que denote materia fabricada, solamente tiene cabida en las obras hechas por Dios: lo cual harlo prueba ser *bará* vocablo augusto y de singular majestad. Por tantas razones persuadió el docto Gesenio en su *Tesoro de lengua hebrea*, no vacila en conceder que «en el primer versículo del Génesis expónese la creación *ex nihilo* del mundo y de su materia, y en los restantes la disposición y fábrica de la masa criada». Allégase á éste el juicio del filósofo Rocher. «La palabra *bará*, dice, suele usarse en las cosas que para existir demandan el esfuerzo de la divina Omnipotencia.»

Juntemos con estos claros testimonios otros de no menor eficacia. Los rabinos más noticiosos y diestros abundan en este mismo sentir. Maimónides dice: «Nosotros creemos que los cielos no se hicieron de algo, sino de nada absolutamente, por más que Platón los estimase hechos de alguna materia».—El rabino Nacmánides: «No hay entre nosotros voz hebrea que signifique producción de nada como el verbo *bará*». El mismo dictamen dan Mosheim, Aben-Esra y otros. Ni es de poco peso el juicio crítico de Salomón Deyling, que dice: «Los muchos ejem-

plos enseñan que *bará* es verbo exclusivo de Dios, y solamente usurpado en las obras divinas». Entre todas es de singular mérito la advertencia del crítico Jacobo Gusset³, estableciendo este orden de significación: (עָשָׂה) *haschá* es el género; (פָּעַל) *fahal* la especie, y denomina acciones propias de racionales; en tanto que (בָּרָא) *bará* es especie especialísima de Dios. Y así como *fahal* no se dice de los brutos porque presupone discurso en el que obra; tampoco *bará* se comunica á criaturas por envolver en sí infinita potencia, que es incommunicable. Y es buena confirmación de esto el hallarse el vocablo *bará* cuarenta y ocho veces en la Biblia, usado por doce diferentes escritores, siempre llevando á Dios por sujeto de la acción significada y nunca al hombre, cual si estuviere consagrado á calificar el divino poder. Así que obrar con poder infinito es *bará*; y con razón significa hacer de nada, ó de materia indispueta ó inerte, que requiere en el agente infinidad de poderío.

No se opone á lo dicho el usarse *bará* en la formación del hombre y en la producción de los animales⁴, y ni el ponerse otras veces por (עָצַר) *yatzar* y por (עָשָׂה) *haschá*, que dicen fábrica y ornato. Porque en tales casos se aplica á la creación del alma, que es la parte excelente del hombre, y en los animales es forma de calidad más primorosa que la materia, ó bien más significa el origen de la formación ó la formación tomada en globo, que no la formación ó producción misma; y así el versículo 11³, *quod creavit Deus ut faceret*, le explica Gesenio diciendo: «Produjo haciendo, es á saber, hizo alguno nuevo produciendo.» Por

¹ *Observ. Sacr.*, p. 1, obs. 111.

² *In Comm. ling. hebr.*

³ *Gen.*, II, 7.

⁴ I, 24.

⁵ *Gen.*, cap. 11.

este motivo san Agustín, considerando cómo los griegos y latinos trataban el verbo *creare* en sentido muy diverso que la sagrada Escritura, notó la diferencia por estas palabras: «*Creare* y *hacerse*, mirando al uso profano, vemos que se dice de hijos, de magistrados, de ciudades, de otras cosas que no provienen del Hacedor; pero si atendemos á la costumbre de las santas Escrituras, lo mismo es crear que hacer lo que no existiera si no se hiciese; y en esto se diferencia de engendrar. Los hombres crean haciendo de cosas existentes otras tales; porque los cargos y dignidades sácense de entre los hombres, las ciudades de maderas y piedras que ya existían, se fundan y embellecen dándoles orden y conveniente disposición». Por donde paréceteles á los doctos que la potestad prima y original de este vocablo *bará*, es producción *ex nihilo*; la trasladada y secundaria es la que se aplica á las obras de Dios estupendas y extraordinarias, dado que no tuviese en ellas lugar creativa producción.

Mas dejando esta contienda, ora *bará* suene de por sí creación rigurosa, ora el uso de las Escrituras no le conceda esa particular potestad; una máxima debemos tener por cierta y constante, y es, que en este primer versículo leyó creación mera la tradición de todos los Padres orientales y occidentales en todos los siglos de la Iglesia. Esta fué la acepción más común que de ellos recibió el vocablo *creavit*; ella fué la que suministró prueba demostrativa de la creación *ex nihilo* á los santos Ambrosio⁵, Jerónimo⁶, Basilio⁷, Crisóstomo⁸, Agus-

tn¹, Cirilo², sin contar á Tertuliano, Justino, Lactancio, Zenón y otros que sería prolijo referir; ella principalmente la que fué sancionada por la Iglesia católica, declarando en el Concilio de Letrán³ que «Dios en el principio del tiempo hizo de nada todas las criaturas»; ella, en fin, la que han proclamado los Doctores católicos y no pocos de los judíos⁴; con que según la regla dada por los Concilios Tridentino y Vaticano, en tan unánime consentimiento de voces, podemos con seguridad concluir, que este primer vocablo es aquí muy competente para evidenciar la creación de la universidad de las cosas sin dar lugar á réplica ninguna.

Resplandece claramente esta verdad considerado el intento de Moisés. Quería informar á los hijos de Israel en la unidad de Dios y en su incontrastable omnipotencia, para tenerlos apartados de la adoración de los ídolos. De asiento, pues, y de raíz, les habla de la creación verdadera, negada ó maltratada por los gentiles, como en sus cosmogonías se ve; por cuyo respeto érale forzoso distinguir entre creación, fábrica y ornato del universo; y constando la máquina mundana de elementos materiales diversamente dispuestos, convenia definir cuál parte era la formada y cuál la criada por el soberano Hacedor. Así, en efecto, lo hace: «con todo cuidado, dice el P. Schrader⁵, describe Moisés la obra de Dios; y en el callar la materia preexistente danos á entender que no la hubo menester el Artífice; siendo así que la mencionan las Escrituras siempre que hablan de formaciones que presuponen materia criada.» Muy al sentido discurre este escritor del profundo

¹ *Con. ad. Iq. et proph.*, l. 1, cap. xxiii.

² P. Jos. *Contuv. Spicileg. dogm. bibl.*, 1884, vol. 1, p. 166.

³ *Hexamer.*, l. 1, cap. 11.

⁴ *Quest. hebr. in Genes.*

⁵ *Hom. I in Hexamer.*

⁶ *Hom. II in Genes.*

⁷ *De Creat. Dei*, l. II, cap. vi.

⁸ *Theol.*, l. V, cap. vi.

⁹ *Cap. FIRMITER.*

⁴ *Ensch. Prop. Evang.*, l. VII.

⁵ *De Deo Creato*, p. 67.

Tertuliano, que estrechaba á Hermógenes con este vigoroso silogismo: «Tres cosas han de sobresalir en toda obra: artífice, artefacto y materia; y pues falta aquí materia, y tenemos autor y obra hecha, claro es que de la nada se sacó.» Además, si Dios, como en el Génesis se declara, da forma y modo de ser á la materia, señal es que ésta se sujeta al dominio y poder divino, y que siente su imperio, y que de él depende, y que es criada, y que si saliera de su jurisdicción se hundiría en el abismo del no ser.

Esta verdad recibe nuevos resplandores de las primeras palabras del Evangelio *In principio erat Verbum*, donde, haciendo el santo Evangelista alusión al principio del Génesis, como le pareció al P. Maldonado², establece una cierta antítesis entre el Verbo Hijo de Dios y las criaturas hechas por El; y pregona que en el principio, antes que comenzasen á ser las cosas, había precedido el Verbo que las sacase á luz; y de tal manera fué, que recibieron ellas ser y principio en él y por él. En aquel acto alcanzaron substancia las cosas criadas; empero el Verbo poseía enteramente la plenitud de su esencia antes que cosa alguna saliese de la profundidad de lo posible. Así lo entendieron los santos que este lugar interpretaron. «Yo me espanto, decía Severiano, cómo Juan y Moisés encabezan sus volúmenes con un mismo proemio. Éste rompe diciendo: En el principio crió; aquél clama: En el principio era. Verdadera y provechosamente Moisés, propia y soberanamente Juan. Tratando de la fábrica usa Moisés la voz *hizo*, del artífice dice Juan *era*. Diferencia grande va de *hizo* á *era*. Porque el mundo se hizo cuando no era; el Verbo era lo mismo que siempre es. Así con cierta hermandad vense unidos entre

¹ Contra Hermog., cap. xx.

² In Evang. Jo., cap. 1, v. 1.

si y trabados ambos testamentos.»

Dignas son de atención las palabras de este antiguo teólogo por el misterio que insinúa. La obra de la creación atribúyese á Dios Padre, como efecto de la divina pujanza; concurren forzosos en ella también el Verbo con su inefable sabiduría y el Espíritu Santo con el aliento de su eterno amor. Algunos doctos de acicalada vista sospecharon en el plural Elohim (אֱלֹהִים), un como barrunto de este augusto misterio, y dieron á entender, que así como *bará*, que es singular, cifra la unidad de esencia, el plural majestático esconde la Trinidad de personas. Así, en efecto, quisieron colegirlo, ya que no inmediatamente, por discurso y breve rodeo; y juntando conjeturas y vocablos, concluyeron que no necesitó Dios de terceros ni de ministros para crear, que por sí mismo creó. Pero otros católicos escritores en el plural Elohim otra cosa no vieron que un idiotismo del genio de la lengua hebrea, sin más razón de misterio³; porque les pareció, y muy bien, que este de la Trinidad no fué conocido del vulgo de los hebreos en aquellas remotas edades. Da de ello esta razón el gravísimo escritor P. Pedro de Rivadeneira: «Como aquel pueblo de los hebreos era rudo é inclinado á la idolatría, no fué conveniente que se les propusiese el misterio de la Santísima Trinidad claramente y de manera que por su flaqueza y por vivir entre idolatras tomasen ocasión de creer que las tres Personas de la Trinidad eran tres Dioses distintos, y como á tales los adorasen é idolatrasen. Por esto siempre Dios por sus Profetas les predicaba que Dios era uno y solo, Criador y gobernador de todas las cosas criadas, á quien debían adorar, servir y obedecer, reservando, como dije,

¹ Hom. 1, in Cosmop.

² PEREIRA: Comment. in Gen., l. 1.—SUÁREZ: Op. sex dier., l.

para algunos sabios y más santos, y alumbrados con mayor luz del cielo, el entender la Trinidad de las Personas con la unidad de la esencia.»

Ni porque neguemos ser Elohim (אֱלֹהִים) plural representativo de la beatífica Trinidad, deberá luego inferir que los hebreos fueron politeístas; porque demás de que Elohim se construye á veces con singular hablando del Dios único verdadero, se aplica en otros casos á personas humanas dignas de veneración y respeto. Sea eso, sea esotro, tan representativo es el Dios Elohim como el Jehová. Asentóseles á los racionalistas Kuenen⁴, Reuss⁵, Ploix⁶ y á otros muchos, que uno es el autor del primer capítulo, y otro el del segundo, porque éste se refiere á Jehová; cual si *Elohim* fuera el Artífice del universo, y *Jehová* el Castigador del pecado de Adán. En mal hora introdujeron en este debate la distinción entre elohistas y jehovistas; poco medrarán con ella, por más que con razones fuera de propósito y llenas de aire persuadan á muchos incautos. No es este lugar para llamarlos á disputa. Sólo queremos apuntar que así como Jehová es llamado el Elohim de Israel, también Elohim se apellida su Jehová⁷. Podemos recordar también aquellas palabras de Noé: «Bendito sea Jehová, Dios de Sem; propague Elohim la familia de Jafet.» ¿No nos dirán quién es el autor de estos versos? ¿Jehovista ó elohista? Algunos teólogos se inclinaban á pensar que *Elohim* se usa respecto de los gentiles, *Jehová* respecto del pueblo escogido; y, por lo tanto, *Elohim* expresa á Dios en su calidad

¹ *Flos Sanctorum*: fiesta de la Santísima Trinidad.

² Hist. critique des livres de l'Ancien Testament., 1866; t. 1, p. 25.

³ L'Hist. Sainte et la Loi, t. 1, 288.

⁴ Revue de l'Hist. des Religions, 1886; jan. v.

⁵ Dent., vii, 9.—Jos., xxii, 22.—Ps. xvi, 1.—

Ps. lxxiii, 4.

⁶ Genes., ix, 26, 27.

de Criador y Conservador, *Jehová* representa á Dios como fiel á sus promesas; y así emplea Moisés uno ú otro vocablo según á su intento conviene.

Lo que no tiene sombra de duda es que el segundo capítulo sea continuación del primero. Los antecedentes y consecuentes de la formación del hombre claramente lo dicen. Porque la flora que inmediatamente precedió á la venida del hombre, distaba mucho de ser como la del día tercero. Ésta vegetó en la densa atmósfera, cuando los elementos del aire impedían que el sol ejerciese pleno influjo sobre las plantas; aquélla en la plenitud de la influencia solar; que por eso *era linda á la vista y suave al gusto*: ésta constaba de plantas vasculares y otras de inferior hechura; aquélla consistía principalmente en dicotiledóneas regadas por lluvia y vapor de agua, y á propósito para regalar al hombre. De manera que la condición del Paraíso y la formación de la primera pareja humana piden y presuponen temperatura cómoda, copia de árboles frutales, asiento en los reinos orgánicos, abundancia de alimentos; en una palabra, todo cuanto en el primer capítulo se expresa: con que lejos de ser el segundo un relato nuevo de la creación, no es sino prosecución y complemento del primero.

ARTÍCULO II.

El mundo fué hecho en el tiempo.—Definiese la creación.—Errores de los antiguos y modernos.—Refutarse con autoridades de los impíos.—La causa que crió el mundo es periclitísima y libre.—Á la fe debemos la noticia de la creación electiva.—Los paganos por la revelación tuvieron de ella conocimiento.

MAS vengamos á tratar de la creación en sí misma y del poder que en Dios supo. El tiempo, cuya definición parecióle á

San Agustín mala de dar¹, y que se diferencia del espacio en que las partes de éste son permanentes y las de aquél fluyen incesantemente, consiste en la sucesión del movimiento; de tal suerte, que « así como tantas son las magnitudes cuantos los cuerpos, así tantos son los tiempos cuantos son los movimientos de ellos »: en parando el movimiento, para el tiempo; prolongándose el movimiento, seguirá el tiempo también. Algunos sintieron, como Gassendi, ser el tiempo una entidad especial necesaria para la duración de los cuerpos; otros, como Clarke, confundieron la condición del tiempo con la divina eternidad; éstos, con Descartes, fallaron que tiempo es un modo de pensar; aquéllos, con Kant, atribuyeron al tiempo una forma subjetiva de la intuición. Empero la doctrina general y cierta es que el tiempo, en su razón formal, no se diferencia de las cosas que se mueven y pasan. El tiempo imaginario, que la fantasía nos representa como una sucesión que existía antes que el mundo fuese, no es en realidad más que un ser potencial concebido á manera de actual, teniendo por fundamento la posibilidad de movimientos sucesivos. Si, pues, consideráramos en una serie indefinida de estos movimientos un punto y momento, antes del cual otros innumerables momentos eran posibles y no reales, si en el supuesto punto imaginamos que el mundo empieza á ser en realidad de verdad; bien diremos que en ese mismo instante da principio el tiempo, y que en el principio de este tiempo crió Dios el universo. Mas si miramos á la manera de conservar Dios las substancias criadas, entenderemos que la materia que existió en aquel primer momento, como no podía conservar su ser sin el concurso divino, y como por instantes se iba de suyo á la nada,

recibía continua sucesión de refuerzos del Omnipotente Criador; en este caso propiamente dicese que duró su ser ó que tenía sucesiva duración. Á causa de la instantánea creación, existió el mundo en el acto, y al paso que duraba en la existencia, crecía en la duración, y fluían los instantes sin descanso, componiendo de esta suerte una suma de tiempo real, interno, inmensurable². Esta es la expresión más sencilla del origen del tiempo en la creación de las cosas.

La creación, que tan de reojo miran los positivistas y materialistas modernos, y que quisieran ver desterrada de los vocabularios y de las lenguas humanas, puede entenderse, ó activamente, y significa aquel acto de la divina voluntad con que Dios demostró su poder dando existencia á cosas que de ella carecían; ó pasivamente, y denota el efecto ó la cosa que de la nada procedió. Y aunque en el uso vulgar se aplica el calificativo de *criadas* á cosas que ya en el alguna manera poseían ser, propia y adecuadamente llámase *crear* hacer algo de nada, como enseña Santo Tomás³, ó producir una cosa según toda su substancia sin precedente materia. Hace muy á nuestro propósito la advertencia del teólogo P. Gregorio de Valencia: « Suelen, dice, los Doctores distinguir tres operaciones divinas en la primera constitución de las cosas corporales. La primera es la creación de nada; la segunda es la formación de las criaturas; la tercera el ornato y perfección de ellas. Y se coligen de la Escritura. Porque la obra de la creación se indica en las palabras *In principio creavit Deus calum et terram*; la formación y distinción se contiene en aquellas voces *fiat lux*; el ornato en aquellas otras *fiant luminaria*, etc., y se mencionan instantes se iba de suyo á la nada,

¹ P. TILMANN PESCH: *Inst. Phil.*, l. II, disp. VII, sect. II.

² J. P., q. XLV, a. I.

ción con el ornato la perfección en el capítulo II, *perfecti sunt cali et terra, et omnis ornatus eorum*. Esta diferencia se toma de los efectos divinos en la institución del universo. Porque unos los produjo Dios totalmente de nada, y esta es la creación; otros los causó mediante materia hecha de antemano. Estas cosas, aunque se hicieron en sujeto precedente, dicese criadas por Dios, en cuanto la materia de ellas sacóla Dios de la nada. De estas palabras se colige que dos partes principalísimas entran en el Hexámero de Moisés: la creación de la materia, y la formación de las cosas materiales; la creación tiene á Dios por único autor, la formación hízose sobre materia por causas naturales, concurriendo el divino poder.

En el primer punto, de que zhora tratamos, tropezaron y cayeron muchos filósofos antiguos y no pocos sabios modernos. Porque Eusebio en su *Preparación Evangélica*¹, trae la autoridad de Plutarco, que cuenta los dislates de los antiguos; y luego añade: « Tal es la sentencia de los sapientes de la Grecia, que de ningún artificio, ni criador ni dios hicieron memoria, dándolo todo al acaso ó al temerario movimiento. » En otra parte² demuestra cómo si Platón discurrió con más acierto, debióselo á Moisés, á quien siguió, y en cuanto se apartó de él desbarró miserablemente. Sin embargo, no es injusto el juicio del doctísimo P. Benito Pereira, cuando dice: « Poquisimos fueron los defensores de la eternidad del mundo, comparación hecha con sus impugnadores; porque, fuera de Aristóteles y los caldeos, concordó fué la sentencia, no sólo de los sabios, pero aun de los indoctos, que el mundo había tenido principio: ni aun Aristóteles pudo negar tan universal consentimiento. » Lo que dice aquí este

grave expositor ha de entenderse de los siglos vecinos á la era cristiana: que si ponemos los ojos en las antiguas cosmogonías, ¿quién dudará que muchas están llenas de abominable materialismo y de eternidad de materia? Aristóteles, sí que opinó ser el mundo eterno: porque de nada, nada se hace, decía silogizando: aunque muchos doctores se esfuerzan en rescatar su ilustre nombre de tanta infamia, alegando que escribió á medias palabras y algo aprisa. Platón también á muchos parece que al fin creyó la materia eterna; no hecha, sino sólo ordenada por Dios, á quien llamaba por esta causa el gran géometra³, disfamando su poder mañosa é impiamente. Los maniqueos establecían dos principios, bueno el uno y el otro malo; al bueno daban la creación de las almas, al malo la de los cuerpos. Los gnósticos, secta inmunda, hacían las cosas producidas por ángeles, no por Dios inmediatamente. Otros filósofos enseñaban que los ángeles no debían á Dios su existencia, y ha sido error heredado por Hermann. Orígenes también resbaló en el despeñadero, opinando que Dios había criado las almas, y con ocasión del pecado los cuerpos, para que en ellos purgasen las culpas pasadas. En mayores yerros, si cabe, han caído los modernos panteístas, materialistas y positivistas.

Los que imaginan el mundo como un efecto sin causa que le produjese, y las vicisitudes y generaciones de las cosas como nacidas de fatales movimientos de átomos, error tal vez el más viejo de los errores, en este primer renglón del Génesis hallan de lleno su correspondiente advertencia. Porque, según discurre santo Tomás en sus *Cuestiones disputadas*, como los conocimientos humanos en los sentidos tomen origen, y se fraglen luego

¹ L. I, cap. VII.

² L. XI, cap. XXXI.

³ *In Timao*.—De Republica.

en el entendimiento; los primeros filósofos más caudal hicieron de las cosas corpóreas, que en los sentidos se reciben, que de las espirituales, que se labran y apuran en la mente. Y como las formas accidentales sean sensibles, y sola la materia sea substancia y causa de los accidentes; por ahí los antiquísimos filósofos vinieron á no recibir más causa que la materia, y á ella no señalaban causa ninguna. Era, pues, muy expediente que la primera aseveración de la santa Escritura fuese aquel fallo terrible que condensase y baldonase tan absurdas enseñanzas: «*In principio creavit Deus caelum et terram*»; y asentase aquel hecho famoso y augusto, que ninguna ciencia ni experiencia de por sí podía poner en claro. Pruébase la solidez de este discurso por la contrapuesta razón. Porque, ¿hay autor tan pobre y ratero como el hado, para hacer ciertos y auténticos los fenómenos mundanales? El hado ni acredita el origen de donde proceden, ni el orden que entre sí guardan, ni el porqué obran, ni el fin adonde caminan, ni la trabazón que los une, ni la perfección, ni el número, ni la figura, belleza, duración, fecundidad que alcanzan las criaturas tan varias como componen esta bien dispuesta y templada universidad.

Otros, forzados por su misma razón á señalar causa á la hermosura del mundo, no queriendo alzar los ojos á la causa primera, la buscan en el mismo deleznable mundo; y ora apelan á una serie infinita de agentes, alegando que cada ser tiene en otro la razón suficiente de su existencia; ora imaginan la «evolución activa», pensando no concebirse materia sin fuerzas ni fuerzas sin materia, y que ni ella ni ellas se hicieron ni pueden deshacerse, como que son una y otras eternas y esencialmente trabadas entre sí; ora pregonan

el hylozoismo, y claman que en la materia reside alma y vida que cunde por todo el mundo y despierta las fuerzas que *ab aeterno* posee; ora, en fin, fantasean una «evolución lógica», en cuya virtud el mundo tuvo ser por necesidad de consecuencia, y no sufre mudanzas ni contingencias, sino que forzosamente rebosa en maravillosos efectos.

Duda uno si fuera mejor castigar la ridiculidad de tantas necedades con el desprecio afrentoso y satírico, que ocasionar vanidad á sus autores con argumentos filosóficos. Son ellas, con parecer modernas, tan viejas y cascadas, que no pueden tenerse en pie. ¿Qué pensara de estos filósofos el esclarecido Lactancio, que con tanto nervio reprendió á Cicerón por haber admitido como probable la existencia de la materia increada? ¿De semejantes errores hizo ya mención Alberto Magno¹; y desbarátanse fácilmente señalada la diferencia que va de hechos á especulaciones; demostrado lo imperfecto, caedizo, contingente y mudable de las cosas; y contrapuesta la necesidad, imperfección, independencia, inmutabilidad del Supremo Hacedor. No gastemos, pues, el tiempo en su refutación: sáquenlos á la vergüenza aquellos mismos que por carecer de ella merecieron llamarse abanderados y adalides suyos.

Sea Bayle el primero, escéptico é incrédulo, que abrió la puerta á Voltaire. «Los socinianos, dice, han negado la creación; ¿qué han logrado con ello sino caer en un abismo al escapar de otro abismo? Han tenido que confesar la existencia independiente de la materia, y la han sometido á la autoridad de una substancia imperfectísima y cargada de achaques; y con eso han dado al traste con este principio evidéntísimo, conviene á saber:

¹ *Inst.*, lib. II, cap. IX.

² In lib. I, *Physic.*, tr. III, cap. V.

lo que no pende de otro en su ser, debe ser infinito en perfección». Sigue Bayle el más descarado é impío de los hombres de su tiempo, Voltaire. «Estoy, decía cuando racionaba, persuadido á que toda la tierra y todo lo que la rodea, el linaje humano, el género animal y cuanto está lejos de nosotros; en una palabra: el universo mundo, no se ha dado el ser á sí mismo, sino que reina en él un arte infinito; y así acato la idea de un artífice único, de un Señor Supremo, que la secta de los epicúreos desecha. Estesoberano Señor de la naturaleza crió la materia; porque la nada carece de propiedades, la nada no hace nada, ni se vuelve en nada. Concibo que la universalidad de las cosas recibió ser de un Dios único en sí mismo, y autor de toda la máquina mundana. Él fué quien lo dispuso todo, según las leyes naturales que de su sabiduría y poder resultan». En otra parte añade: «Esos dados ordenan, desunen, contar, pesar, medir: pero hacer, ¿qué palabral Sólo el Ser necesario, el Ser que existe eternamente por sí, es capaz de hacer algo. Confesemos que hay un ser sumo, necesario, incomprendible, que nos hizo y crió». Tercie en este debate el no menos impío, mancomunado con Voltaire en el odio á la verdad cristiana, D'Alembert. «La creación, dice, es una verdad enseñada por la razón, una consecuencia necesaria de la existencia del primer ser». Tire también su piedra contra el error P. J. Proudhon. «Las obras de Dios, dice, son hermosas en sí mismas; son verdaderas, porque son de Dios».

Hasta aquí estos maestros de impiedad, que con argüir, en las razones que presentan, poco fondo de doctrina,

no pudieron menos de aclamar por incontestable la verdad de la creación. Habiendo dado entera y docta refutación de las opiniones positivistas las obras apoloéticas de claros ingenios que han visto la luz en nuestros días, vamos adelante y pasemos á declarar cómo el mundo fué hecho por un ser distinto del mismo mundo, y dotado de entendimiento y voluntad perfectísima. No escaseen pesimistas que, como Schopenhauer y Hartmann, baldonen de malísimo este mundo, y acaquen su origen á una voluntad ciega y necia: ni tampoco faltan un Leibnitz, un Malebranche, quienes, por el contrario, juzgen no ser posible otro mundo mejor ni más excelente que el nuestro. Cuán viciosos sean ambos extremos, lo echará de ver quien tomare el pulso á estas apretadas razones. El mundo es una junta de seres contingentes, no determinados de suyo á existir ni á no existir; luego debió darles determinación uno que no fuera contingente: ese no es otro que Dios. Ningún cuerpo es hábil para moverse por sí mismo; y si hubiese estado quedo desde toda la eternidad, quedo se estaría aún hoy y firme en su estado, si no es que una fuerza externa le sacase del abismo de su quietud. Todos los seres, dotados aun de virtudes contrarias, convienen con uno en alguna cosa, siquiera en la existencia; por eso todos tienen un solo principio que es causa de su ser; y ella es única y primera, y, por consiguiente, Dios. En todo el mundo resplandece orden, trabazón y dependencia de las cosas inanimadas y vivientes y de las partes de cada reino; de arte que semeja un ser principal y magnífico servido de órganos que se ayudan entre sí, y causan tan maravillosa perfección. Reina en el mundo

¹ *Dictionnaire*, art. *Epicure*.

² Obras de Voltaire, edición de Kehl, t. XLVI, p. 248.

³ *Ibid.*, t. LVIII, p. 153.

⁴ *De Tabus de la critique en mal. de relig.*

⁵ *Syst. des contr. éconóm. prol.*, § III.

¹ Vösen: *El Cristianismo*.—HETTINGER: *Apología del cristianismo*, t. I.

² D. Thom. Q. disput., q. III; De Pot., a. 6.

ser invisible é ideal en el seno de Dios, saliendo del estado de factibles al de hechas, tornáronse sensibles y resplandecieron fuera de su causa primada¹. En el axioma vulgar *ex nihilo nihil fit* no veían los antiguos claramente la capacidad del poder de Dios, y andaban á ciegas en el tratar de la materia elemental, sin acabar de entender qué respecto reinaba entre la acción de crear y la naturaleza de Dios; y faltándole razones para opinar, faltábales claridad para explicar sus conceptos; pero cierto, si les hubiera amanecido á ellos, como á nosotros nos cupo en suerte, la luz de la revelación, ¿quién habría llevado adelante sus extraviós? Porque ¿quiénes fueron los sabios de la antigüedad que negaron y combatieron la eternidad de la materia, y reconocieron el infinito poder de Dios? Un Pitágoras, un Sócrates, un Platón, un Tales, un Hierocles, un Jamblico y otros semejantes. ¿De dónde les vino tan razonable proceder, sino de que todos ellos tenían noticia de nuestros libros sagrados, y del trato y conversación con los judíos de Alejandría? Porque el doctísimo Aristóbulu, que conversó con los griegos por los años de 150 (A. C.), da este esclarecido testimonio: «Harto consta, dice, que Platón siguió las instituciones de nuestras leyes hebreas, y que leyó con estudio todos y cada uno de sus capítulos de por sí. Porque ya antes de Demetrio Falereo, y por lo mismo antes del imperio de Alejandro y de los Persas, habían sido traducidas en griego las narraciones que contienen la partida de Egipto de nuestros compatriotas los hebreos, la serie de maravillas que les acontecieron y la exposición de toda la ley; de suerte que á nadie puede serle dudoso que Platón sacó de nuestros libros las más de sus

Gravemente nos avisa san Pablo que á la fe estaba reservado resonar en nuestros oídos y participarnos la producción de las cosas materiales. «Por la fe, dice, entendemos que las cosas del mundo fueron criadas por la palabra de Dios, de suerte que de invisibles fuesen hechas visibles²». Como si dijera: que el mundo no tuvo existencia indefinida antecedente, y que debe su principio al imperio de la divina palabra, nos lo enseña á las claras la fe; ella nos anuncia que la universidad de las cosas fué hecha sin materia, y educida totalmente de la nada por Dios, en virtud de aquella palabra creadora que las hizo pasar del no ser al ser; de manera que, por la creación, las cosas que tenían un

¹ CICERO: *Tuscul.*, l. v, c. 13.

² *De natur. Deor.*, l. II, cap. xxxvii.

³ P. PIANCIANI: *Nuovi Saggi filosofici*, 1856, p. 200.

⁴ *De Thom.*, l p., q. xlv, a. II.
Hebr., xi, 3.

ser invisible é ideal en el seno de Dios, saliendo del estado de factibles al de hechas, tornáronse sensibles y resplandecieron fuera de su causa primada¹.

En el axioma vulgar *ex nihilo nihil fit* no veían los antiguos claramente la capacidad del poder de Dios, y andaban á ciegas en el tratar de la materia elemental, sin acabar de entender qué respecto reinaba entre la acción de crear y la naturaleza de Dios; y faltándole razones para opinar, faltábales claridad para explicar sus conceptos; pero cierto, si les hubiera amanecido á ellos, como á nosotros nos cupo en suerte, la luz de la revelación, ¿quién habría llevado adelante sus extraviós? Porque ¿quiénes fueron los sabios de la antigüedad que negaron y combatieron la eternidad de la materia, y reconocieron el infinito poder de Dios? Un Pitágoras, un Sócrates, un Platón, un Tales, un Hierocles, un Jamblico y otros semejantes. ¿De dónde les vino tan razonable proceder, sino de que todos ellos tenían noticia de nuestros libros sagrados, y del trato y conversación con los judíos de Alejandría? Porque el doctísimo Aristóbulu, que conversó con los griegos por los años de 150 (A. C.), da este esclarecido testimonio: «Harto consta, dice, que Platón siguió las instituciones de nuestras leyes hebreas, y que leyó con estudio todos y cada uno de sus capítulos de por sí. Porque ya antes de Demetrio Falereo, y por lo mismo antes del imperio de Alejandro y de los Persas, habían sido traducidas en griego las narraciones que contienen la partida de Egipto de nuestros compatriotas los hebreos, la serie de maravillas que les acontecieron y la exposición de toda la ley; de suerte que á nadie puede serle dudoso que Platón sacó de nuestros libros las más de sus

¹ SÁENZ: *De op. sex dier.*, l. I, cap. viii.—D. THOM.: in *Ep. ad Hebr.*—DRACH: *Ep. aux Hebr.* chap. xi, vers. 3.

doctrinas, porque fué hombre muy leído, y no menos lo fué Pitágoras, que de nuestras cosas muchísimas ingirió en sus escritos². Por esta doctrina ilustrados los filósofos griegos vieron pronto cuánta repugnancia tenía con el concepto de Dios la eterna materia, y cuán perfectamente cuadraba con una potencia infinita el dar ser y hacer que le posea lo que antes no existía; y concluyeron que negar á Dios el poder de crear era como negarle la infinitud de poder.

No dejemos aquí en el suelo una objeción que se les cayó á Günther y discípulos, con que hicieron agravio á la memoria de santo Tomás. Habiendo afirmado el Angélico Doctor que «el haber empezado el mundo á existir era cosa de fe, y no de demostración filosófica, y que por lo tanto convenia creerlo³»; sacaron ellos por consecuencia que la eternidad del mundo no podía ser refutada concluyentemente según la doctrina del Angélico, y que así es imposible demostrar por lumbre natural la creación del mundo *ex nihilo*⁴. No vieron estos deslumbrados maestros que santo Tomás discernía con su agudo entendimiento el orden real y el orden ideal, y enseñaba que cuanto al tiempo y modo en que el mundo empezó á ser, no puede la filosofía dar luz, sino que es objeto de la fe, que nos avisa haber el mundo tenido principio en el tiempo: empero en cuanto al origen que tuvo, que pertenece al orden ideal, establece el mismo doctor que no sólo la fe, mas también la razón, demuestra descender el mundo por vía de creación. Después de hacer esta conclusión evidente con argumentos, cierra el debate en los términos de esta final consecuencia: «luego por razón se demuestra, y se tiene por fe,

que todas las cosas fueron criadas por Dios⁵. Luego es indudable que ninguna criatura ha eternamente existido, y que todas comenzaron á ser, dado que era imposible saber el cuándo ni el cómo, si Dios no lo revelara.

ARTÍCULO III.

La creación es de sólo Dios.—Escrúpulo de Günther acerca de la demostración de esta verdad.—La sentenciá escolástica de ser posible una criatura eterna no lisonjea los intentos de los positivistas y materialistas.—No es milagro la creación.—Ni es ningún misterio.—Aplauden y celebran la creación los varones más sensatos de nuestro tiempo.

Ahora, si queremos inquirir qué linaje de acción sea esta de crear, resulta ser tan alta y excelente, que sólo á Dios compete, sin que criatura alguna pueda entrar á la parte, á no ser en calidad de instrumento, en obra tan soberana. Así lo enseñan los santos Padres, teólogos y filósofos. Porque lo primero, que esté Dios dotado del poder de sacar á luz las cosas, se concluye con toda claridad de ser é infinitamente perfecto y de contenerse en la virtud creativa una perfección suma sin mácula de imperfección, una imperfección *simpliciter* infinita. Además, la naturaleza de un ser es lo más escogido y primoroso que en él hay; y es blason muy propio de Dios, fuente original de toda esencia, dar principio á todas las naturalezas poniéndolas fuera del abismo de sus causas. En fin, muy del brazo todopoderoso de Dios es extender su virtud á los primeros elementos, y traer á luz la vida de los seres espirituales, que sin creación no gozaran de existencia. Luego á Dios compete ser Criador.

Lo segundo, que á sólo Dios pertenece este poderío y que sea ajeno de las criaturas, lo tienen y porfían á una los santos Padres y los escudrones de teólogos y filósofos con unánime sentir; en cuanto que á ninguna

¹ EUSEBIO: *Præp. Evangel.*, l. xii, cap. xii.

² I p., q. xlvii.

³ GÜNTHER: *Vorsschule*, t. 1, p. 262.

⁴ II dis. I, q. 1, a. 2.

⁵ *Quest. disp. de pot. q. iii, a. 5.*

criatura le está bien poseer virtud universal, independiente y proporcionada á producir toda suerte de cosas creables: porque si tal poder tuviese, podría dar existencia á cosas sin número y más y más perfectas; y ¿qué le faltaría para dejar burlado el poder de Dios y ponerse en cuentas con él?

Lo tercero, que en algún género de cosas puestas en inferior esfera pueda un ángel, por ejemplo, poseer la facultad de crear como causa principal independiente de Dios, también lo niegan los santos y todos los filósofos y teólogos casi de común acuerdo; aunque todos declaran ser «dificultosa empresa hallar argumento eficaz que convenga del todo esta verdad¹». Los autores examinan altercando las razones, y en todas hallan sus peros. Santo Tomás, pesados los momentos bien y fielmente, discutió una que ha sido la manzana de la discordia entre tomistas y escolistas, estimándola unos apodética², notándola otros de sofística y ajena de verdad. La substancia de esta razón es, que á la causa más universal, que es Dios, pertenece producir lo que es más universal en las cosas, que consiste en la misma entidad del ser³. No nos empeñaremos en defender esta prueba de los cargos que le ponen: baste ser cierta la conclusión, y enseñada y profesada por las lumbreras de la teología.

Dando, pues, lado á esta cuestión abstracta, y concretamente hablando, sólo Dios es en hecho de verdad el Criador de cielos y tierra, como lo enseña el Génesis y la Iglesia lo profesa: ninguna criatura poseyó ni posee, con efecto, semejante facultad. Entre los seres criados contamos todos los grados, desde el más bajo y material, hasta el más espiritual y subido; de aquí bien podemos legítimamente de-

ducir, que si el poder de crear le negó Dios á las criaturas existentes, tampoco le concedería á las posibles, pues que entre ambos distantísimos órdenes, cuerpos y espíritus, han de vadearse por necesidad todas las criaturas, habidas y por haber. Diferente es el caso de la propagación de las cosas materiales: éstas se procrean unas á otras, comunicando parte de su ser y reproduciendo, no su naturaleza numérica, sino específica y semejante, en orden á conservar y extender la especie por el espacio y el tiempo; mas las cosas incorruptibles, que no vienen á menos ni cesan en su imperturbable vida, carecen de esta material y física comunicación.

De la evidencia de lo dicho, bien se infiere cuán ciegos estén y cuán dignos sean de reprensión los eclécticos de nuestros tiempos, que, caudalosos de temerarios dislates, enseñan ser el crear negocio fácil y tan hacedero, que creamos cada y cuando que hacemos un acto libre: «no de otro jaez, dicen, es la creación divina». Así, ni más ni menos, discurren ó desvarían los panteístas, y se arrojan á confundir dos verbos del todo tan diferentes como causar y crear⁴. Cuán mala cuenta dan de la filosofía, dedúcese de lo dicho. Pero, dejándolos por incorregibles en su ceguedad, dado que no hay repugnancia en que Dios se sirviera del ministerio de los ángeles para la creación y fábrica del mundo sensible; pues, como juzgó el eximio Doctor⁵, podía elevarlos á obrar un efecto superior á su natural virtud y valerse de ellos como de instrumentos para empresa tan gloriosa; pero, en realidad de verdad, no usó de ese arbitrio, ora porque los santos Padres y

¹ COUSIN: *Introd. à l'hist. de la philos.*, leçon v.
² CARD. ZEPHERINO GONZÁLEZ: *Estudios sobre la Filosofía de santo Tomás*, *Cosmol.*, cap. vi.
³ De *op. sex dier.*, lib. i, cap. 1.—*Metaphys.*, disp. xx, sect. 2.
⁴ I p., q. xlv, a. 5.

Doctores á solo Dios hacen autor de esta grandiosa universidad, ora también porque no consta que Dios les concediese sobrenaturalmente poder creativo, que tan mal dice con la limitación de su ser. Quede, pues, que el mundo fué criado de la nada por nuestro magnífico Dios, y que esta es verdad de fe, como dicho va, llana y palpable, y que solamente la ignorancia ó la malicia pueden poner dolo en su vivísimo resplandor.

Otra cosa sería preguntar si es posible una criatura producida *ab aeterno*, ó si repugna intrínsecamente la existencia sin principio temporal de un ser contingente y finito. Aquí es donde santo Tomás pensó que no se demuestra rigurosamente la repugnancia¹. No pocos Escolásticos se inclinaron al mismo dictamen, Durando, Ockam, Escoto, Alejandro de Alés², Herveo³, Suárez⁴, Losada⁵, y otros; entrando con ellos en juicio, y militando por la contraria, san Buenaventura, Vázquez⁶, no pocos antiguos y casi todos los filósofos modernos⁷. Justo es indicar aquí que en nuestros días ha salido á defender briosamente la primera sentencia el P. Lector Fr. Joaquín Álvarez de Jesús, de la Orden de San Agustín⁸, satisfaciendo con vigor á las razones en contra.

Pero esta controversia especulativa, como quiera que se resuelva, deja en su entereza la verdad práctica de la creación de la materia mundana; tanto más, cuanto que el eximio Suárez sustenta el pro tan sólo respecto de las substancias permanentes, como el ángel, la materia elemental, y no

absolutamente en todo linaje de seres.

Y aunque parece ardua empresa, por no decir imposible, demostrar con argumento irrefragable que ninguna criatura espiritual y corpórea pueda ser eterna, pues no repugna intrínsecamente que sean criadas *ab aeterno*, y que por eternidad se conserven en su ser sin mudanza las cosas permanentes; porque propio de la creación es que el no ser preceda al ser, no en el orden de tiempo mas de naturaleza, por no tener las cosas de suyo ser si no se le dan: todavía puede probarse evidentemente que criadas en el tiempo las cosas, mejor ostentan la dependencia que deben al Soberano Bien, la libérrima voluntad del Hacedor, y la necesidad que de su mano poderosa tienen; cuanto más que no es propio de naturalezas corruptibles y mudables permanecer eternamente en un estado perenne de perpetuidad.

Supongamos, pues, que así fuese; demos que la materia pudiera ser eterna, según el sentir de estos Escolásticos: ¿qué ventaja lograrían los positivistas y materialistas? Al cabo el ser *eterno* y ser *increada* no son conceptos que se avengan y paren en uno; antes ningún Escolástico enseñó jamás que las substancias permanentes fuesen eternas al par de Dios con eternidad radical, incommunicable: por el contrario, en el defender la posible existencia de seres criados por Dios desde la eternidad, declaraban que *criado* y *eterno* podían caber en un mismo sujeto. ¿Qué pretenden los positivistas y materialistas? ¿Que la materia pudo no tener principio de tiempo? Daránselo de barato graciosamente muchos teólogos, dignos de toda reverencia. Mas, ¿qué concluyen de ahí? ¿Que la materia careció de autor? ¿Que pudo existir de por sí? ¿Que ella misma se dió el ser? ¿Que descerrajó

¹ SUÁREZ: *Metaph.*, d. xx.—VÁZQUEZ, disp. cxxxviii, p. 1, cap. iii.

¹ I p., q. xlv, a. 2.—*Contra Gentes*, lib. ii, cap. xxxviii.—*Opus de aeternit. mundi*.

² P. II, q. vi, a. 2.

³ *Quotlib.*, n. q. 1.

⁴ *Metaphys.*, disp. xx, sect. 1.

⁵ *Curs. philos.*, p. II, t. IV, p. 247.

⁶ *Disp.* cxxxvii, p. 1, cap. iii.

⁷ P. TONGIORGI: *Inst. philos. Cosmol.*, l. II, cap. II, a. 4.

⁸ *Lect. philos.*, vol. II, p. II, sect. 1, a. 2.

las eternas cavernas de la nada y salió del abismo del no ser por su propia virtud y gallardía? Ningún Escolástico soñó tan grosero disparate, á ningún escritor católico se le cayó de la pluma tan temeraria propuesta. La materia tiene á Dios por causador, de su mano poderosa es hechura; ni la misma perpetuidad la sacará de su soberana jurisdicción.

Otros reparos ponen á la creación los incrédulos y ateístas de nuestros tiempos: miran como desaforada proposición el que un espíritu puro pueda existir aisladamente, por sí mismo, sin el consorcio de la materia. Así, para probar el Dr. Tyndall que el mundo no había tenido otro criador que á sí propio, decía: «No existe criador ninguno, porque es imposible representarnos distintamente su acción. Yo quisiera saber cómo está hecho; si tiene brazos y piernas; si no las tiene, explíqueme claramente cómo un ser sin brazos ni piernas puede fabricar con tanta perfección. Si me prueban que Dios obra, yo les exigiré que me den de esa acción divina una representación mental. Si eso no pueden, causa pérdida; pues que nada hay que no pueda ser representado». Más vale con la gravedad del silencio despreciar, que con argumentos reprimir la garrulería de este sofista.

Otros, condenando por absurdo todo milagro, fulminan la teoría de la creación, calificándola por uno de los más increíbles milagros. Á estos naturalistas que no reparan en poner milagro en la creación del mundo, respondiéronles hace catorce siglos san Agustín, dándoles en rostro con su estulticia. «En la creación de las cosas es necesidad acudir, decía, al milagro; no nos toca averiguar qué pudo Dios obrar en la naturaleza de las cosas, sino cómo Dios de hecho las instituyó y formó, según

¹ MALLON: *La vie vient-elle la peine de vivre?* 1882; chap. ix.

resulta de las Escrituras». La creación funda y asienta las leyes físicas, no las traspaşa y supera, como el milagro; en la creación obra Dios como autor de la naturaleza, no de la gracia, como en el milagro; por la creación establece Dios un orden de providencia ordinaria, no extraordinaria y sobrenatural, como por el milagro; en fin tanto dista del milagro la creación cuanto de la gracia la naturaleza, cuanto del orden divino é invisible el visible y terrenal.

Ni tampoco por ser de fe la creación ha de tenerse por verdad meramente sobrenatural y fuera del alcance de la razón. «La producción de la materia sacada de la nada, este es el verdadero misterio, exclama el libre-pensador Spencer, y si examinamos el espacio, ¿de dónde viene el vacío? La imposibilidad de concebir la creación del espacio es tan manifiesta, que nadie osaría afirmarla; porque no hay esfuerzo de entendimiento que pueda imaginar la no existencia del espacio». «¿Mezquina manera de argumentar! ¿Quién le enseñó á Spencer á pasar del estado ideal al estado real, y á concluir del concepto del espacio imaginario la realidad de los seres materiales? El espacio imaginario es infinito, eterno, inmutable; luego la materia extensa es infinita, eterna, imperecedera: sofisma indigno de un empuinado ingenio. Con tan liviana lógica, fácil le es á este impío echar á Dios del mundo, y aun negar la existencia de su infinito poder. Verdad misteriosa la llamó también el insensato Ubaldo Baldino en 1874³, y opuesta al discurso de la razón. ¿Misterio la creación? ¿No fuera misterio incomprensible, ¡qué digo!, absurdo de arte mayor, un Dios omnipotente que no pudiese crear? Cuando lleguen los se-

¹ Genes. ad lit., l. II, cap. II.

² Les premiers principes: 1885, chap. II.

³ La Civiltà cattol., ser. IX, vol. III, quad. 182.

misabios á demostrar que la lumbre de nuestra razón no admite en Dios la omnipotencia, entonces podrán tener la acción creativa en posesión de misterio. Á Bayle, con ser tan impío, parecíale la creación la verdad que tenía menos dificultades. No es incomprensible la creación, supuesta la noción de Dios; y aunque no se nos alcance el cómo pudo Dios criar, de muchas cosas ignoramos el cómo, y las conocemos de lleno en lleno.

No es misterio la creación, como tampoco es milagro el modo de ejecutarse; pertenece á la teología natural. Probándola con razones los santos Padres, sacaron á plaza la ignorancia de los gentiles, é hicieronles palpable la estupidez de los que habían supuesto la *hyle* ó materia eterna; cuantos gentiles la conocieron, la profesaron de buen grado conforme á su natural disgusto; en fin, de parte de Dios, ser supremo y causa primera, y de parte de la materia, ser imperfecto y dependiente, se le convence al incrédulo que la creación debe ser contada entre las verdades ciertas, notorias y fundamentales del orden puramente natural. Luego yerran los materialistas que proclaman haber sido producidas solamente las formas y los agregados de los átomos, y no los átomos mismos; deliran los monistas y los encomiadores de la evolución activa, Feuerbach, Strauss, Büchner, Moleschott, Haëckel, al poner lanzada en las entrañas de la materia eterna la fuerza y la vida; perdido va y extraviado Hegel con todos los panteístas, si piensa que el mundo no es otra cosa que la manifestación del ser absoluto; se ofuscan torpemente los emanatistas cuando de la substancia divina enseñan haberse derivado la substancia de las criaturas.

¹ *Diellon. Crit.: Anaxagor. Epiz.*

² SCHRADER: *De Deo Creato*, comment. I, cap. IV.

³ D. J. M. OKTI Y LARA: *Lecciones sobre la filos.*

de Krause; lección IV y V.

¡Cuán lejos del oprobio de estos disparejos han vivido los nobles y generosos ingenios! El inmortal matemático Cauchy solía decir: «La materia no es eterna. Si las divinas Escrituras no nos hubiesen revelado claramente esta verdad en el primero y más antiguo de los libros, nos veríamos precisados á profesarla á fuer de naturalistas». Deseoso también de volver por la honra de la verdad calumniada, con igual tesón decía el muy insigne naturalista Agassiz: «Yo sé que los sabios más eminentes dan por terminada la tarea de la ciencia cuando han logrado determinar las relaciones que entre los fenómenos observan. Á unos, el indagar la causa primera de nuestro ser paréciese cosa quimérica y sobre el poder humano, y lo remiten á la filosofía, no á la física. Otros tienen el nombre de Dios por fuera de sazón en una obra científica, como si el conocimiento de las causas segundas fuera el único objeto digno de sus investigaciones, y como si la naturaleza no nos hablase de su soberano Autor. Otros están convencidos en verdad de que el mundo es hechura y cae bajo el dominio de un Dios inteligente; pero no se atreven á hacer público su convencimiento, sea por miedo de que crean las gentes que participan las preocupaciones del clero ó de las sectas, sea porque podría serles inconveniente discutir con franca lealtad estas cuestiones, y no empeñarse en la obligación de tomar el Antiguo Testamento por regla de medir para estimar el valor de sus conclusiones. Sin embargo, la ciencia no puede prosperar sino es á condición de encerrarse en su legítima esfera».

No menos claras son estas otras sentencias del ilustre profesor de la Universidad de Lovaina, P. J. Van Beneden: «El Sumo Artífice concibió la obra

¹ *Leçons de physique générale.*

² *Revue des cours scientifi.*, 1868, p. 348.

de la creación; concebirla y criarla fué para Él todo uno: cada parte de ella es la ejecución del pensamiento divino realizada en el tiempo y en el espacio. Cuanto más adelante vamos en el conocimiento de la naturaleza, dice Oswaldo Heer en su *Mundo primitivo*, más firme es la convicción que tenemos de que la fe en un Dios Criador, omnipotente y de infinita sabiduría, Hacedor del cielo y de la tierra, según un plan eterno, es la única que puede resolver los enigmas de la naturaleza inferior y superior. Levantemos en buen hora estatuas á los hombres beneméritos y sabios; pero no borremos de la memoria cuán deudores somos á Aquel que ha resumido tantas maravillas en un granito de arena, un mundo de prodigios en una gota de agua.¹

El preclaro William Thomson, catódrico que fué de la Universidad de Glasgow, tomó á pechos la demostración de esta verdad en una conferencia que hizo sobre el calor, publicada en el sexto tomo de la *Revue scientifique*: en ella, examinando el enfriamiento secular del sol, su temperatura actual, el origen y la cantidad de su calorífico, coligió legítimamente que el sol no hace tantos millones de años que ilumina la tierra como suponía la moderna licencia de opinar; que, por consiguiente, el movimiento que ahora vemos ha tenido principio en el mundo; y que, en definitiva, el origen eterno de los seres es un delirio de mentes enfermas. Muy maltruchos quedaron los materialistas á la declaración de este eminente astrónomo. Hicieron punta; estalló la desazón, y aun con palabras pesadas trató el arrogante Huxley de ironizar y reconvenir la cordura del sabio Thomson: el cual, luego, en 1871, cuando le tocó ser presidente de la Asociación Británica, tuvo lugar de redimir la vejación, respondiendo con doblado brío, y decla-

¹ *Revue scientifique*, 1874, p. 745.

rando sin miedo que estaba pronto á recibir como artículo de fe científica, que todos los seres están debajo de la dependencia del Criador y ordenador del Universo.

La misma confesión han oído los presentes de los labios del grande astrónomo M. Faye, en su *Introducción* á la obra sobre *el origen del mundo*, en donde, alzando el vuelo sobre las mentidas afirmaciones del materialismo, exclama: «Otra cosa hay en el mundo demás de los objetos terrestres, otra cosa que no es nuestro cuerpo, otra cosa que no son los astros brillantes; hay inteligencia, hay pensamiento. Y pues nuestro entendimiento no se hizo á sí mismo, forzoso es que haya en el mundo una mente superior de que derive la nuestra. Entonces, cuanto mayor sea el concepto que de esa altísima mente nos hiciéremos, más cerca andaremos de la verdad. No corremos riesgo de engañarnos al considerar esa mente autora de todas las cosas, y al referir á ella los esplendores de los cielos que han despertado nuestro pensamiento: así abrazamos y entendemos con pronta voluntad la fórmula tradicional: Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.» Y, en otro lugar, centellando vivas luces de elocuencia, castiga las calumnias levantadas á la ciencia con estas magníficas palabras, dignas de ponderación: «Negar á Dios, es como si de lo alto se derrocara un hombre cual masa de plomo en el suelo. ¿Ser efecto del acaso los astros, maravillas de la naturaleza? ¿Nuestro entendimiento, materia que se echó á pensar por sí misma? ¿Y el hombre, tan bestial como los brutos, y como ellos vi- viendo y muriendo sin más ni más? Es falso que la ciencia haya llegado á dar de sí tan tristes negaciones... ¡Esto es lo que tenía yo que decir de Dios; sus obras tócale á la ciencia escudriñarlas y ponderarlas!»



CAPÍTULO IX.

LA MATERIA INFORME.

«*Cælum et terram*» (Vers. 1.)

ARTÍCULO I.

La inmensidad de Dios. — Dios escoge el espacio mundial. — Pruebas que las voces *cælum et terram* tomadas á bulto significan la universalidad de la materia elemental. — Los santos Padres y Doctores contestan esta exposición.

Es la inmensidad en Dios aquel atributo que hace que en todas partes asista total y perfectamente, sin que sea ni más feliz, ni más poderoso, ni más libre en un espacio dilatadísimo que en un punto indivisible. Hínche con su presencia todo lugar, excede á toda extensión, traspasa toda medida, y abarca en el seno de su amplitud muchísimos más seres, por grandes que sean, que por guarismos puedan ser numerados. No solamente su generosa existencia se difunde por los ámbitos de este mundo; mas exige derramarse de modo por los innumerables espacios posibles, fuera, antes y después de esta anchurosa universalidad, que á la vez, por junto, ocupe todo intervalo de lugar y tiempo, y todo lo llene y colme.

Antes de salir el mundo del abismo de la nada, ninguna cosa extensa había, ni espacio real, ni lugar lleno ni vacío. Concebimos, sí, echando á vomitar el pensamiento, que á la creación de los cuerpos precedió un espacio

absoluto, inmoble, infinito, por doquier desparramado, sin realidad positiva, sólo capaz de recibir en sí extensiones reales: y también ahora imaginamos que más allá de los últimos astros se extiende sin término una capacidad dilatadísima, y que por ella puede explaryarse todo un escuadrón de soles, si el divino poder así se dignare mandarlo. Este espacio imaginario¹ nada es en hecho de verdad: toda su entidad consiste en ser posible que allí exista cuerpo real donde le fingimos con la imaginación; en tal caso, ser imaginario y ser posible viene á significar el mismo concepto. Así concebido el espacio interminable, hemos de pensar que Dios, cuya inmensidad no se coarta por los linderos de este mundo, y que dondequiera que seres existan, allí forzosamente está para extender por el mundo la presencia de su realísima naturaleza, no había menester sino poner fuera de su esencia alguna cantidad de seres.

Así que amaneció el momento decretado en sus altísimos acuerdos, de pasar el mundo de factible á vías de hecho, dispuso Dios y trazó con el compás de su sabiduría un espacio limitado y grandísimo, capaz de alojar

¹ Suárez: *Metaph.*, disp. xix, li.